

PQ6554

P3

1885

V. 3

Es propiedad del autor.

DON GONZALO G. DE LA GONZALERA 21

escalera arriba. Como sombras atravesaban, medio á obscuras y en silencio, el largo pasadizo que terminaba en la cocina, penetraban en ella, previo saludo de «Dios sea en esta casa,» é iban sentándose sobre el poyo que se extendía por toda la línea de las paredes. Ardía, junto á la testera, copiosa fogata, y á todos alcanzaban su luz y su calor. Así fueron reuniéndose no menos de cincuenta labradores de Coteruco, como se reunían todas las noches de invierno en aquel sitio, y aun algunas de verano en la plazoleta de la portalada. Allí no se negaba la entrada á nadie, excepto á los borrachos contumaces, á los maridos crueles ó á los hijos desnaturalizados, géneros que, en honor de la verdad, apenas eran conocidos en aquel lugar. Don Román presidía estas reuniones, ya iniciadas en vida de su padre; y tan identificado estaba con ellas y tan familiarizado el pueblo con la casa, que á la casa iba hasta el recaudador de contribuciones á cobrar las del vecindario allí reunido, previo anuncio, fijado en la puerta del Consistorio, de hacerlo así en tal ó cual noche, sin que á don Román le causaran más extrañeza ni más extorsión ésta y otras parecidas algaradas, que la venida del sastre á tomarle medida de unos pantalones.

No faltaban, en la ocasión de que vamos hablando, los personajes que podían considerár-

UNIVERSIDAD DE PUEBLA
BIBLIOTECA "JUAN DE LOS RIOS"
CALLE DE LA LIBERTAD, 1625 MONTERREY, MEXICO

se el alma de aquellas tertulias: Juan Antón el de la Portilla, autoridad de peso en plantíos y labranzas; Gorión el de la Junquera, la flor de los ganaderos; Toñazos el de la Callejona, carpintero ingenioso, sin dejar de ser buen labrador; Chisquín Bisanucos, afamado decidor, sacoco de marrullerías y camándulas; etc., etc. También se encontraba allí aquella noche el famoso Patricio Rigüelta, llamado por sus convecinos *el Judas de la tertulia* (á la cual asistía raras veces) y acaso se lo llamaran con razón. Era hombre de cincuenta años, moreno, enjuto, de ojos pequeños y mirada innoble, muy risueño y muy hablador. Tenía un poco de chalán, otro poco de arbitrista, muy poco de labrador y mucho de correntón y aventurero; era muy aficionado á ser concejal, pleitista perdurable y enemigo encarnizado de todos los ayuntamientos, cuando no lograba formar parte de ellos. Acaudillaba en Coteruco á todos los viciosos y haraganes que no tenían entrada en casa de don Román, y se despegaba de sus convecinos por costumbres, carácter y figura, como el agua del aceite. Que este sujeto no era santo de la devoción de don Román, no hay que decirlo; pero le admitía en su casa porque jamás le pidió permiso para entrar en ella; sospechaba, como sus tertulianos, que Rigüelta iba á su cocina para saber lo que allí se trata-

ba, y venderlo en ocasión oportuna, si le convenía.

Y corriendo la velada sus primeros trámites de carácter, llegó á decir Gorión, rascándose la cabeza:

—Y ello, don Román, ¿se anima usted ó no se anima? ¿mando ú no mando? ¿voy ú no voy á la feria de San José?

—¡Y dale con el tema!—respondió don Román volviéndose hacia Gorión.—Pero ¿qué demonio de coscojo se te ha metido en la molle-
ra con esa feria dichosa, de un mes acá?

—Coscojo, coscojo, por decir coscojo, no es tanto como á usted se le figura el que á mí me ha entrao; pero mire usted, señor don Román, que tengo mucho ganao en la *corte*; que con el solano de antaño no hemos tenido *pación* ni *toñá*; que el agosto puede ser, ú puede no ser; que si no es, el ganao no ha de roer los peales; que ahora se paga bien; que tengo hoy dos novillas que nos pueden dejar á usted y á mí un platal de ganancia, porque... mejorando lo presente, espejos de cristal paecen pa mirarse la cara en ellos... vamos, que regienden de gordas y se pueden lavar con dos cuartos de aceite.

—¡Y que no vale mentir!—manifestó Chisquín.

Miróle Gorión con dureza, y preguntóle muy serio:

—¿Va con segunda, Chisquín?

—¡Cómo ha de ir con segunda, hombre de Dios, si no había dicho endenantes la primera?—respondió Bisanucos, con su obligada sonrisilla maliciosa.

—Es que—replicó Gorión,—yo no quiero segundas; porque si tú entiendes mucho de sutilezas y requilorios, á engordar ganao... ni tú ni tu agüela.

—¡Cuidado con las segundas, Chisquín!...—dijo don Román á esto, fingiéndose enfadado.—Gorio tiene razón que le sobra, y tú eres tan buen malicioso como mal ganadero. Y si no, vamos á ver: ¿qué le das á la *Galinda*, que cada día está más encanijada?

—¡Ajá!...—interrumpió Gorión;—sacúdete ese tábano, y güelve por otro, Chisquín... ¿qué le das tú á la *Galinda*?

—¡Silencio todo el mundo!—exclamó don Román, mirando á Gorión con fingido enojo.—Quiero yo vérmelas mano á mano con este valiente. Conqué sepamos, señor Chisquín, de qué vive ese pobre animal.

—Pues hombre—respondió Chisquín, con su risita de siempre,—vive de lo que hay en el pajar... y de lo que arranca de vez en cuando.

—Pues si esperas pagarme la renta de este año con las ganancias que te deje esa vaca, medrado estás.

—Eso, don Román, no me apura gran cosa que digamos... porque onde no hay... y, por último, usted no me ha de llevar á la cárcel, ni me ha de rematar la caldera.

—¡Fíate y no corras, Chisquín!

—¡Toña!... ¿Habéis oído?... ¡Pues no dice!... ¡Jajajá!

—¿De qué te ríes, chafandín?

—¡Toña, toña, toña! ¡Eso sí que tendría que ver!... ¡Don Román embargando á un rentero!

—Así me diera la gana.

—¡Cómo ha de darle, hombre?—exclamaron varias voces.

—¿Que cómo ha de darme?—replicó don Román un poquillo picado de su derecho;—en cuanto la idea se me ponga entre los cascós.

—¡Cómo se le ha de poner á usted esa idea en jamás de los jamases?

—Poniéndoseme ¡canastos!

—¡Que eso no puede ser, hombre!

—¡Apostamos á que me vais á negar hasta el derecho de pedir lo que es mío?

—Eso no; pero lo otro... lo otro, don Román, no es usted capaz de hacerlo.

—Y ¿cuál es lo otro?

—El embargo.

—Digo y sostengo que estaría en mi derecho obligando al lucero del alba á pagarme lo que

me deba... ¿lo entendéis?... Y por cierto que si lo hiciera, no sería la primera vez.

—¡Toma!—exclamó Chisquín;—lo dice por Barriluco. Pues de ese modo, vaya usted embargándome á mí, ¡carafles! Un hombre que le debe tres duros por rentas de uno y otro; que no quiere pagarle, y gasta cada día dos pesetas en la taberna, y sale de ella hecho un cuero de vino; que va usted, y por el aquel de sostener la razón, le lleva á juicio; pide que le embarguen la caldera, se queda usted con ella por la deuda, y al otro día se la manda á casa á la mujer, con un item más de un ochentín de cinco duros.

—Eso, Chisquín, es hablar por hablar y meterte en lo que no te importa... y hasta puede no ser verdad. El hecho es que Barriluco pagó lo que me debía, y á eso has de atenerte. Conque procura engordar un poco á la *Galinda* para no llevarte un chasco... y se acabó la historia. ¿Cómo está tu madre, Blas?

—Va bien, muy bien, desde que el médico la asiste.

—¡De buena se ha librado!

—Verdá es.

—¡Bárbaros, más que bárbaros!...

—También es cierto; pero ello, don Román, pongámonos en los casos.

—No hay tales casos, sino falta de sentido común; por eso sois recelosos con la razón, y

os vais como bestias detrás del primer charlatán que quiere robaros el dinero. ¡Mire usted que es ocurrencia! Bizmar de pies á cabeza, después de descoyuntarla los huesos, á una pobre anciana porque está inapetente y descolorida... Pues ¿cómo ha de estar á sus años, pedazo de bárbaro? Fortuna que lo supe á tiempo, que si no, á esta fecha está ya la infeliz con mi abuela.

—No diré que no.

—Lo que siento es no poder echar á presidio á la pícara forastera que explotó tu credulidad robándote cuatro duros después de martirizar á tu madre... Es preciso hacer ejemplares castigos para que vayáis abandonando esa y otras brutales preocupaciones.

—Y volviendo al caso, señor don Román—interrumpió Gorión, que no disimulaba su impaciencia,—¿llevo ú no llevo á la feria las novillas?

—¡Llévalas con mil demonios, con tal que me dejes en paz!—respondióle don Román, formalmente sulfurado; y luego, volviéndose hacia Gorión, díjole clavando en él sus ojos penetrantes:—¿Quieres apostar á que, después de tanto empeño en ir á la feria, no las vendes allá?

—¡Que no las vendo?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque no es ese el ajo que á tí te pica; porque no vas á venderlas; porque lo que tú quieres es fachendear con ellas y pintar la mona en la feria... ¿Acerté? Ahí le tenéis colorado como un tomatazo reventón... Pues te vas á llevar un solemne chasco, porque yo también voy á enviar mis dos novillas... y con los collares de pelo.

—Hombre—replicó Gorión con un poquillo de resquemor,—tocante á eso... allá nos veremos, don Román. Buena es la *Cordova* de usted; pero la otra... la otra, ¿á qué hemos de decir lo que no es?... la otra, don Román, no llega á las mías.

Aquí se entabló una acalorada contienda sobre si llegaba ó no llegaba, en la que tomaron parte casi todos los tertuliantes; y al terminarse, quedando el punto dudoso, dijo Gorión, sobándose la barbilla con la zurda y mirando risueño á don Román:

—Y al auto de eso que usted dijo de los collares, ¿querría emprestarme dos de los que le sobran, para las mis novillas?

—¡Hola!—exclamó el buen Pérez de la Llosía.—¡Conque también he de darte yo las armas para luchar contra mí?... Pues te presto los collares... ¡para que veas el miedo que me infundes!... Y, además, te hago una apuesta: vamos á poner en precio las novillas en la fe-

ria; y todo lo que ofrezcan por las tuyas más que por las mías, te lo regalo en dinero; y al contrario, me regalas tú á mí lo que ofrezcan por las mías más que por las tuyas.

—Con la *Cordova* de usted no entro yo á eso, don Román.

—¡Ahl fachendoso... ¿Conque te encojes!

—Yo nunca he dicho que valga esa novilla menos que las mías.

—Pues, canario, con la otra va la apuesta.

—¡Con la otra!... Mire usted, don Román, que eso es robarle el dinero.

—Esa caridad es miedo, Gorio.

—Le aseguro á usted, don Román, como en la hora de mi muerte, que hablo con todo el sentir del corazón, y que si otra me queda, con ella reviente.

—Pues por lo mismo queda hecho el convenio... y te prevengo que, del dinero que te gane, no te perdono un cuarto, y que si para cobrar me te embargo la caldera, no espere tu mujer que se la devuelva al otro día.

—Tocante á eso, señor don Román—dijo Gorión con jactanciosa solemnidad,—ya sabe usted que, para las ocasiones de apuro, siempre hay en casa de un hombre de bien media onza al pico del arca.

—Pues no la gastes por si tienes que dár-mela.

Entre tanto, en el rincón más obscuro de la cocina estaba Carpio Rispciones con las manos en los bolsillos, la cabeza caída sobre el pecho y los ojazos clavados en la lumbre.

—¿Qué demonios cavilas—díjole de pronto don Román,—que parece que se te escapa la enjundia por entre los dientes?

Sacudió Carpio el sopor, miró perezoso á don Román, y respondióle:

—Cavilo, don Román, que va usted á tener que echar otro paseo á la villa.

—Y con él serán cinco... Á bien que para lo que á tí te cuestan... ¿Pues qué nueva tripa se te ha roto allá, alma de Dios?

—La de siempre... ¡Cuando le digo á usted que al fin me apandan el prao y no cobro lo que dí por él! ¡Por vida de los senfinitos!...

—Si tú no fueras un mastuerzo...

—Si no es por eso, hombre... sino que á uno, como le ven así, tan aina le sorben como le chumpan. Cuando va usted y habla y pone los *ites* en la palma de la mano, la cosa marcha por su carril; pero llámanme á mí, pregunta de acá, pregunta de allá, tan pronto que *arre*, tan pronto que *ticha*, ni yo lo entiendo, ni sé lo que respondo, ellos ponen lo que les conviene; y el demonio me lleve si de esta vez no me dejan á la mesma santimperie de Dios padre.

—Eso te enseñará á andar por el camino de-

recho. Si hubieras hecho la compra con las formalidades legales, habrías sabido á tiempo que el prado estaba vendido ya, y no te vieras hoy envuelto en un lío que ha de costarte caro. Consuélate ahora con el papeluco que te firmaron en la taberna por creerle más barato que una escritura en regla. ¡Melenos!

—Don Román, carta del muchacho hemos *cogido* hoy—gritó un tertuliano de los más arriados á la lumbre.

—¿Llegó sin novedad?

—Bueno, gracias á Dios... y papeles cantan—añadió el de la carta, sacándola de su chaqueta. Desdoblóla, metióse más por el fuego, y leyó á tropezones, entre otros párrafos, de todos bien conocidos, estos dos:

«Es una barbaridá... barbaridá, el agua que tienen los mares... los mares, que hemos navegado... navegado. Padre: le digo á usted que no acababa uno de ver aguas... aguas; tan aina azules, tan aina verdes... verdes; aguas á la derecha, aguas á la izquierda; aguas por delante, aguas por detrás... por detrás... y cielo por arriba... ¡mucho cielo! De modo y manera, que de tierra no vimos pizca hasta que lleguemos á ésta.

«Padre: sabrá usted que ésta es una ciudad manífica... manífica, con un caserío de lo mejor que puede verse... verse... y un señorío de

lo más majo y prencipal; birlochos por todas partes, tiendas á manta de Dios... de Dios... Vamos, que el verlo pasma y atonetece al hombre... al hombre... Padre: dirá usted á don Román que en su día cumpliré con él como un caballero... caballero; pues el darlo él de por sí como un regalo por mi bien, no es decir que yo no lo deba delante de la cara de Dios... de Dios...»

—Etcétera, etcétera, etcétera—interrumpió don Román, que no gustaba de alabanzas, y mucho menos donde la gente las oyera:—lo esencial es que ha llegado bueno; y lo que has de pedir á Dios, es que el pobre chico no sufra un amargo desengaño de la suerte.

—Que todo podría ser—objetó el de la carta.

—¡Se ven tantos de esa misma procedencia!

—Tampoco faltan afortunados, don Román.

—¡Qué pocos son! Grandes, inmensos beneficios debe esta provincia al dinero de América; hijos cuenta entre los que allá labraron su fortuna, que son verdaderas glorias, no ya de sus familias, sino de su patria; pero ¡qué caro lo ha pagado ésta! Con el ejemplo de estos hombres, que yo admiro y pongo sobre mi cabeza, ¡cuánto iluso ha perecido en el mayor desamparo, y cuánto mentecato ha vuelto sin fe, sin conciencia, sin afectos, corrompido el corazón é inculdo el entendimiento!... Y vaya aho-

ra una noticia de las gordas que os gustan. ¿Sabéis vosotros qué cosa es el Canal de la Mancha?

—Pues el Canal de la Mancha—dijo Toñazos,—bien claro se declina ello de por sí... Un canal, á modo del de Castilla, que estará, si á mano viene, en tierra de manchegos.

—Nada de eso: el Canal de la Mancha es un mar.

—¿Un mar mayor?

—¿Qué más da que sea mayor ó que sea menor? Es un mar en toda regla, colocado entre Inglaterra y Francia, y mar muy bravo, por añadidura.

—Bien ¿y qué?

—Actualmente llegan ferrocarriles á una y á otra orilla; y los viajeros, dejando los coches de los trenes, embárcanse en vapores combinados con ellos, y pasan el mar, y vuelven á meterse en el tren que les aguarda á la otra parte.

—Corriente ¿y qué?

—Que esto no es cómodo, además de ser muy peligroso en ciertas épocas del año, cuando el mar se embravece...

—Claro esta que sí.

—Por lo cual se trata ahora de que los trenes pasen el Canal de parte á parte.

—Quiere decirse que harán barcas grandes,

de modo que puedan llevarse á la otra banda el tren entero y verdadero. Pues eso, don Román, aquí lo hacemos todos los días con los carros en la barca de la *Paseva*.

—Ya; pero como, en ese caso, sobrarían los trenes ó sobrarían los barcos, porque el procedimiento, sobre complicado, sería más peligroso...

—Pues ¿de qué se trata?

—Se trata de que pase el tren por debajo del agua.

—¡Á tu abuela con eso!

—Os digo que sí.

—¡Que á tu abuela con eso, hombre!

—¡Y dale, mastuerzos! os repito que es posible... y cierto.

—Pero, don Román, ¿cómo ha de pasar un tren por debajo del agua sin que se ahogue el insuncorda que vaya adentro?

—Abriendo un túnel, es decir, un agujero por debajo del suelo de la mar.

—¡Anda, hijo, anda!... sobre echarlas, gordas, que se vean bien...—En primeramente, señor don Román, las mares mayores no tienen *calo*, ni ha habido cristiano que se le alcuentre.

—Pues, señor Chisquín, ha de saber usted que ignora muchas cosas, aunque no lo crea así, y entre otras, que la mar tiene suelo, y muy á la vista, y que esto lo saben cuantos andan

sobre ella y todos los que no andan, con tal que tengan sentido común.

—Y aunque haya ese suelo, siquiera por no desmentirle á usted, ¿quién es el guapo que le juriaca, sin más ni más? ¿qué come? ¿qué bebe? ¿cómo alienda?

—¿Qué come, qué bebe y cómo respira un minero en Reocín ó en Mercadal? Una vez debajo de tierra ¿qué más da tener encima una montaña que la mar?

—Y el traqueteo del agua ¿no es nada? y el peso de los barcos ¿es maquilero de poya? Le digo á usted... que á tu abuela con la *choba*.

—Eso decíais cuando aquello otro que os conté del Canal de Suez... y ya os he leído cómo es obra que se da por terminada.

—Pero hombre, al cabo, al cabo, aquello, si mal no recuerdo, era muy diferente: mar acá, mar allá y tierra de por medio. Pues, señor, que queremos abrir una sangría para que las aguas se junten; pues cava, cava, y ajonda, ajonda. Que no basta un hombre: se ponen ciento, ú, pinto el caso, un millón; y la cosa se hace, porque se trabaja á la cara de Dios y á la luz del día... eso, si es que á la fecha se ha hecho, porque de lo que dicen papeles y yo no veo por mis ojos, no fío dos bisanes.

Á todo esto, Patricio Rigüelta tecleaba mucho con los dedos delante de la nariz, y con